

# Programa de Formación Permanente

2018 Jóvenes, fe, vocación

## 9. Las armas del discernimiento vocacional







**¿COMENZASTE A SEGUIR A DIOS? ALLÍ MISMO  
COMENZASTE LA GUERRA.  
LAS ARMAS ESPIRITUALES DEL DISCERNIMIENTO  
VOCACIONAL**

Con frecuencia decimos a los jóvenes con inquietud vocacional o en proceso de formación, incluso a los mismos hermanos de comunidad: ¡Ánimo!; ¡Adelante!; ¡Ten valor!; ¡Mucha fortaleza!, etc., palabras que encierran la realidad de la lucha cotidiana frente a la llamada de Dios. En efecto, todo aquel que quiera seguir a Cristo sabe que se expone a un combate permanente que implica pequeñas decisiones dentro de una gran elección. En el interior de la persona se enfrentan sentimientos, motivaciones, deseos, amores, aspiraciones, miedos, que requieren unas armas y una estrategia concreta. No en vano, define san Pablo al cristiano como un *soldado de Cristo* (cf. 2Tim 2,3).

En toda opción vocacional se configura una relación vital radicada en el corazón humano, particularmente cuando toma conciencia de sentirse salvado por Jesucristo. Una persona que se siente llamada entra en una experiencia de comunión con Jesús y se descubre amada, redimida, y responsable en la obra de salvación de Dios. La fuerza de su Palabra y su acción misteriosa hacen irresistible la respuesta del hombre.

Pero, mientras camina, se involucra en una aventura espiritual que no es fácil ni inmediata y, con el paso del tiempo, empieza a enfrentarse a sí mismo y a sentirse interpelado por la historia y la realidad, por sus propias inconsistencias y la lucha por responderle a Dios. Comienza una batalla interior que implica sentimientos de incapacidad y sedimentación, hasta avanzar significativamente en el autoconocimiento y la aceptación. Solo entonces se toman grandes decisiones y surge el discernimiento.

Discernir la propia vocación no resulta fácil. Aspirantes en proceso vocacional, jóvenes en formación o religiosos de votos, acuden con mayor frecuencia a directores espirituales o confesores en busca de una respuesta que clarifique una toma de decisión importante sobre su vida. En muchas ocasiones, tras un acompañamiento serio y profundo, logran encontrar su verdad y comprender la Verdad de Dios en ellos. Pero también se es testigo de decisiones equivocadas a base de autoengaños y de falsas expectativas en la opción vocacional que han generado frustración y desilusión.

Por estas y otras razones, el discernimiento ocupa un lugar privilegiado en el acompañamiento espiritual. Representa *saber caminar juntos, aunque desde un paso adelantado*<sup>1</sup>. Esta reflexión busca ayudar en el proceso de discernimiento vocacional en cualquiera de sus etapas: aspirantes o vocacionados, formandos o consagrados. El punto de partida será la fuente donde nace todo discernimiento, es decir, el corazón humano. En segundo lugar, identificaremos el nudo problemático del discernimiento y aquellos elementos ineludibles en la búsqueda vocacional. En un tercer momento veremos la importancia de distinguir y transformar las motivaciones, quizá el campo más complejo, pero necesario, en todo discernimiento. Y, por último, bajo el recurso literario del lenguaje paulino, propondremos a los jóvenes y a los consagrados siete armas espirituales que estimamos de capital importancia en su búsqueda y afianzamiento vocacionales.

---

<sup>1</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche personali nel discernimento spirituale*, Messaggero Padova, Padova 2010, 19.

## I. EL CORAZÓN Y EL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

La llamada vocacional es un acto libre de Dios sobre la humanidad. Por un amor muy grande, Dios elige a los que quiere, no tanto por ser buenos, sino para hacerlos buenos<sup>2</sup>. Mientras la persona descubre su vocación, puede encontrarse con *caminos aparentes* que surgen como paliativos para evadirse o negarse a grandes decisiones.

Por una parte nacen sentimientos de *estancamiento o inmovilismo interior* que pueden aumentar la indecisión, donde la persona se expone a quedarse como suspendida en el tiempo y en el espacio, con una vocación fría y plana. Por otro lado, se puede tomar un camino de *prácticas inútiles y desgastantes*, fruto del excesivo trabajo, como pretexto del empeño vocacional, pero con poco efecto espiritual o madurez en la vocación.

Como contraparte, *un camino verdadero* de discernimiento surge del amor recíproco y gratuito que acoge la vocación con libertad. Es la capacidad de asumir las debilidades y frustraciones y de emprender continuamente un camino de conversión como paso ineludible en la decisión vocacional.

Si afirmamos que el auténtico discernimiento solo se realiza desde el amor auténtico, entonces la principal tarea consiste en descubrir las motivaciones más hondas que existen en el corazón y reconocer la decisión más amada.

### 1.1. El corazón: centro de decisión vocacional

En el corazón de cada persona hay una perla preciosa configurada con el diseño original que quiso darle Dios. Cada uno es *amado, amable y con capacidad de amar*<sup>3</sup>.

La Sagrada Escritura nos aclara que el corazón no puede entenderse simplemente en sentido fisiológico o como una metáfora poética de carácter sentimental. En el lenguaje hebreo, el corazón es el centro de toda la persona: en él nace la conducta humana. Al corazón se le atribuyen no solo los afectos (cf. Nm 15,39; Dt 28,47; 1Sam 25,25; 2Sam 7,27; Jer 4,19; Os 11,8, etc.), sino también el pensar y el querer. Los malos o buenos sentimientos anidan en el corazón (cf. Sal 73,7; Ez 38,7) y allí mismo pone Dios su Sabiduría (cf. 1Re 10,24).

Es en el corazón donde el hombre toma las grandes decisiones de la vida; allí se le exigen cuentas de sus opciones trascendentales y la fidelidad a sus convicciones. Pero, cuando el corazón se divide, se origina la mentira, que caracteriza al malvado y lo lleva a actuar con dos corazones (cf. Sal 12,3; Sant 1,8). El piadoso, por el

<sup>2</sup> Cf. Agustín de Hipona, *Io. ev. tr.* 86,2.

<sup>3</sup> Cf. G. Sovereignio, *Le dinamiche...* 15.

contrario, tiene solo un corazón que no se divide nunca (cf. Jer 32,39; Ez 11,19; Hch 4,32) y en él dice toda la verdad (cf. Jue 16,17)<sup>4</sup>.

En el Evangelio, Jesús exige imperiosamente la unidad del corazón, palabra y obra en el hombre (cf. Mt 12,34; Lc 6,45). Lo decisivo no es la acción externa prescrita por la ley, sino las acciones buenas o malas que proceden del corazón (cf. Mc 7,1-23). El centro del discernimiento humano radica en la obediencia al corazón: *Gracias a Dios se han sometido de corazón a la doctrina de la fe que han recibido* (Rom 6,17). Pero solo la fe transforma el corazón en morada de Cristo, y es entonces cuando se hace fuerte el “hombre interior” por el Espíritu.

Lo que nace del corazón humano va dirigido a la acción. Cuando una persona desea totalmente a Dios y quiere pertenecerle, su corazón se va afianzando en el mismo amor y tenderá continuamente a él. Todos sus afectos se encauzan y se unifican las potencias humanas. Esto mismo sucede con la opción vocacional: en el corazón, el ser humano se siente llamado por Dios y lo sigue. Si su decisión está fuera del corazón, se miente a sí mismo y no puede considerarse un discernimiento verdadero.

Cuando Dios llama, ensancha el corazón humano y le otorga una capacidad particular de amar generosa e indivisamente. La persona advierte que no puede amar con restricciones, sino que es capaz de amar con total libertad. Es un amor oblativo, resistente y perenne. Tiene el valor de transformar y superar cualquier adversidad.

A san Agustín podríamos llamarlo el “Santo del corazón”. No es extraño el emblema del corazón que lleva en la mano o descubre en su pecho; un corazón en llamas atravesado por una o varias flechas<sup>5</sup>. Las obras agustinianas expresan desde diversos ángulos el pensamiento del Hiponense sobre el corazón, tan amplio como inabarcable.

En lo correspondiente al discernimiento, san Agustín indica que no se puede discernir a partir de elementos externos, sino que es preciso ver y analizar las intenciones más hondas del corazón<sup>6</sup>, en donde cada persona debe descubrir lo que realmente ama, para captar si la intención última es el amor a Dios y a los hermanos o, por el contrario, si se ama más a sí misma: *Ama a su hermano aquel que delante de Dios -allí donde solo él puede ver y persuade el corazón-, interroga a su corazón para saber si hace esto por amor a sus hermanos*<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Cf. K. Rahner, *Cor Salvatoris*, Herder, Barcelona 1958, 249.

<sup>5</sup> Cf. L. Réau, *Iconographie de l'art chrétien*, III, Paris 1958, 150-151.

<sup>6</sup> Cf. E. Eguiarte, *Ejercicios espirituales. Reflexiones: manual del predicador*, ERO, Roma 2016.

<sup>7</sup> Cf. Agustín de Hipona, *ep. Io. tr.* 6,2.

## 1.2. ¿Qué es el discernimiento vocacional?

Si, por una parte, el *discernimiento espiritual* conduce a leer la situación personal a la luz de la fe para proceder adecuadamente, según la voluntad divina, en el *discernimiento vocacional*, se emprende un camino de realización y verificación de la respuesta humana a la iniciativa amorosa de Dios.

André Godin señala que en el discernimiento se da un encuentro verbal donde el acompañante tiene la intención de llevar el sujeto adelante en nombre de Dios, sobre la base de una relación dispar, asimétrica, no recíproca<sup>8</sup>, que ayuda a la persona a conocer la Verdad desde su propia verdad; a construir un camino personalizado de confianza en Dios y de autoconocimiento.

El discernimiento vocacional es una fase de la mediación pedagógico-pastoral necesaria para vivir con perseverancia las decisiones fundantes de la propia existencia: escoger algo que le dé sentido a la vida; decidir el estado de vida, sea el matrimonio, la consagración religiosa o sacerdotal; elegir una profesión conforme a los valores y actitudes personales. Todas ellas deben ser opciones conformes a la propia identidad y vocación.

En términos agustinianos, discernir es *distinguir para amar*<sup>9</sup>, expresión que nos ayuda a comprender que el sujeto vocacional discierne para poder amar mejor, pues el amor transforma al amante en aquello que ama<sup>10</sup>. Son dos amores en torno a los cuales el hombre debe discernir su propia pertenencia, reafirmando la opción que debe hacer entre ellos:

Dos amores constituyeron estas dos ciudades. El amor de Dios constituye la ciudad de Jerusalén; el amor del mundo, la de Babilonia. Pregúntese a sí mismo cada uno qué cosa ame, y se dará cuenta a qué ciudad pertenece<sup>11</sup>.

En la medida en que el sujeto vocacional orienta su corazón hacia Dios, unifica todo su amor en él y se encauza hacia la ciudad de Dios. De aquí comprendemos que el objetivo del discernimiento vocacional sea aprender a escoger y actuar *con una mentalidad nueva, para discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno y aceptable y perfecto* (cf. Rom 12,2).

---

<sup>8</sup> Cf. A. Godin, “Ascolto e consiglio”: AA. VV., *Iniziazione alla pratica della teologia*, Queriniana, Brescia 1987, 68.

<sup>9</sup> Cf. Agustín de Hipona, *trin.* 10,3.

<sup>10</sup> “¿Amas la tierra?, serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué te diré? ¿Serás dios? No me atrevo a decirlo. Escuchemos a las Escrituras: *Yo dije: todos sois dioses e hijos del Altísimo*” (Agustín de Hipona, *ep. Io. tr.* 2,14).

<sup>11</sup> Agustín de Hipona, *en. Ps.* 64,2.

### 1.3. Itinerario del discernimiento vocacional

G. Sovernigo<sup>12</sup> observa que el discernimiento vocacional es una obra de iluminación de la persona, a la luz de la fe, para poder comprender y realizar el diseño de Dios sobre sí misma. Si la persona está dispuesta a asumir seriamente la llamada de Dios en su vida, debe tomar conciencia del camino recorrido o por recorrer:

El necesario punto de partida es la persona misma en su componente humano, espiritual y vocacional. Se ilumina desde la Palabra de Dios y toma el sentido global de su existencia bajo la pregunta de Heidegger ¿para qué vivo?

- a. El camino por recorrer. Se reconocen las ambivalencias del corazón humano, el hombre viejo que no cede el paso al hombre nuevo (Ef 4,17-24) y el dinamismo del Espíritu Santo que se contrapone al pecado. Como instrumento para alcanzar los objetivos y sus puntos intermedios se debe trazar un camino psico-espiritual:
  - a. Los recursos disponibles: De la persona concreta, lo que puede dar y se debe potenciar como fuerza vocacional.
  - b. Los obstáculos presentes: Manifiestos o latentes, que actúan como resistencias personales a la acción de Dios y bloquean la opción vocacional.
  - c. Factores aleatorios: Personas o situaciones necesarias para determinar un paso en el camino vocacional.
- b. Experiencia de integración, que requiere una decisión para unificar los valores diversos, tomar nuevas posturas y especialmente abrirse a la transformación de Dios mediante la gracia, la libertad y la conversión. La persona verifica su crecimiento y el alcance de sus metas a corto, mediano y largo plazo.
- c. Entrar en la voluntad de Dios: Solo en este punto, el sujeto vocacional se deja guiar, iluminar y atraer cada vez más por la gracia del Espíritu Santo. Comienza a buscar, reflexionar, examinar y asumir nuevas decisiones vocacionales.

---

<sup>12</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche...* 21.



## II. EL PROBLEMA DEL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

### 2.1. El nudo problemático de la vocación

Hablar de la vocación es tratar de una realidad rica y compleja que hoy es campo de estudio de diversas áreas, como la teología, la espiritualidad, la formación, la psicología, la sociología, la pedagogía, etc. Cada una de ellas, desde su método, ofrece una aportación específica, que no logra agotar su profundidad. En efecto, existe un nudo problemático que sigue siendo objeto de reflexión.

Cada proceso vocacional se ve interpelado, al menos, por tres fenómenos. En primer lugar, la crisis vocacional, expuesta a varias salidas: una solución proteccionista de la vocación a toda costa; una solución de fuga, que termina en el espiritualismo; o una solución de confrontación real y confiada en la acción de Dios<sup>13</sup>.

En segundo lugar, la búsqueda de la solución menos difícil: el abandono del camino, la evasión, la busca de pequeñas compensaciones, el rehuir la confrontación, etc. En el interior de la persona se suscitan preguntas que determinarán el éxito del discernimiento: ¿Cómo es posible que me suceda esto? ¿Se trata solo de debilidad humana o falta mejorar el proceso de formación? ¿A quién debo acudir? ¿Qué puedo hacer y cuánto tiempo debo esperar?

Finalmente, un tercer problema con un mayor grado de complejidad para el discernimiento vocacional. Sovernigo lo denomina *inconsistencia de personalidad*. Se presenta cuando hay una división acentuada entre la dimensión consciente e inconsciente del sujeto vocacional. Se trata de una división causada por los conflictos y carencias no resueltas.

La dimensión consciente nos refiere intenciones, ideales proclamados, iniciativas, etc. En cambio, la inconsciente plantea las efectivas motivaciones, los conflictos activos, las necesidades disonantes respecto a la opción de vida, las carencias afectivas con relativas dependencias.

Lo que se busca en todo proceso de discernimiento es la consistencia personal; que el aspirante, formando o consagrado, de acuerdo a su edad, se encuentre consigo mismo y se oriente a la solidez y a la capacidad de afrontar las dificultades de la vida; que posea libertad interior y exterior, así como una disponibilidad personal ilimitada.

---

<sup>13</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche*... 115.

## 2.2. Elementos vocacionales para facilitar el discernimiento

Ante la realidad problemática de la vocación, la exploración psicológica aporta *cuatro componentes vocacionales*, cuya comprensión y fortalecimiento ayudan a discernir mejor la llamada de Dios.

### 2.2.1. La intencionalidad vocacional

Para lograr una auténtica búsqueda vocacional resulta importante aclarar la inclinación profunda y el deseo de la propia vida. Consiste esto en distinguir aquella fuerza interior que dirige a una persona hacia una decisión particular. La intencionalidad vocacional se concreta con diversas imágenes y expresiones como: “quisiera parecerme a...”, “quisiera ser...”, “me gustaría...”, “y, ¿por qué no?”, “me interesa sobre todo...”. Además de estas palabras, la persona se siente interpelada por algunas constantes que determinan su intencionalidad vocacional:

- a. Emoción privilegiada. El origen de la vocación y la toma de conciencia de la llamada se encuentra asociada a la presencia de una emoción que provoca en el sujeto un eco especial. Pueden ser circunstancias que despiertan los sentimientos y generan un valor vocacional, por ejemplo en un encuentro, una ceremonia, una predicación, un retiro espiritual, una pregunta inesperada, etc.
- b. Toma de conciencia paulatina y progresiva. En un día indeterminado la persona toma conciencia de sentirse en estado de vocación, sin explicar mucho el inicio.
- c. Deseo de imitar un modelo. En otras personas la intención se configura con el deseo de imitar a un personaje propuesto como ejemplo o punto de referencia. “Quisiera ser abogado como mi padre” o “quiero ser sacerdote como mi párroco”. Un modelo vocacional sirve de medio para responder a la misma vocación.
- d. Decisión de desempeñar un papel en la Iglesia. Llega el momento en el que el sujeto desea asumir un rol o una función dentro de la vida eclesial, sintiendo la necesidad de comprometerse más.

Ahora bien, toda intención también tiene un límite. Ciertamente es como una bandera que orienta a la persona llamada, pero no basta para ser la base de una decisión trascendental. Como afirma G. Sovernigo, se precisa un largo proceso de clarificación y purificación hasta alcanzar la *recta intención*, indispensable para fundar adecuadamente una decisión vocacional<sup>14</sup>. Solo allí podrá establecerse un mayor grado de perseverancia.

<sup>14</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche*... 126.

### 2.2.2. *La madurez humana de base*

Una decisión vocacional profunda exige suficiente madurez humana de acuerdo a la edad. En verdad, la madurez no es el punto de partida, sino el objetivo que se pretende durante toda la vida. Pero esta realidad no evita que, frente a una decisión vocacional, la persona asuma y desarrolle sus talentos, dones y capacidades que la hacen idónea para un objetivo determinado.

En otras palabras, la búsqueda vocacional compromete seriamente ciertas actitudes de fondo. No basta descubrir, conocer o reconocer lo que se es o se tiene; está la tarea de apropiarse en primera persona y madurar de acuerdo a la edad y posibilidades. La madurez humana que se precisa en un discernimiento vocacional debe pasar por diversas actitudes:

- a. **Autonomía personal.** Es el signo clave de la capacidad de autodeterminación. Se manifiesta como una independencia racional del ambiente, la capacidad de resistir a la presión sin recurrir a la rebelión compulsiva o necesitada. Es aquello que con mayor frecuencia se viene llamando la *libertad interior*. El sujeto vocacional es interiormente más libre cuanto menos dependa de camuflajes y sea capaz de asumir sus conflictos con creatividad y audacia.
- b. **Pensamiento objetivo y recíproco.** El sujeto ha de estar capacitado para superar la mentalidad adolescente y egocéntrica. Dicha capacitación se manifiesta en una recta percepción y adaptación a la realidad externa, a la capacidad de proyección y recto juicio.
- c. **Integración de la sexualidad en la afectividad.** Nos referimos al proceso de unificación de los impulsos sexuales en torno a la relación personal. Estabilidad emocional y madurez afectiva abierta a la capacidad de amar.
- d. **Sana relación fraterna.** Esta se manifiesta en la facultad de relacionarse espontánea y sinceramente con los demás.
- e. **Imagen sana y adecuada de sí.** Se evidencia en un conocimiento objetivo y real de sí mismo, con sentido de buen humor y aceptación personal.
- f. **Efectivo cuadro de referencia.** En él ha de conservarse el auténtico proyecto de vida, a pesar de las contradicciones interiores y posibles fracasos.
- g. **Conciencia recta.** El sujeto debe mantener la fuerza de una conciencia moral sana, que se manifiesta en la laboriosidad, el sentido del deber y la asunción de unos determinados valores.

### 2.2.3. *La experiencia espiritual*

En todo discernimiento vocacional cuenta mucho la experiencia espiritual. Consiste en el descubrimiento del amor de Dios por la persona llamada y la respuesta generosa a ese amor. Se fundamenta en la fidelidad de Dios que llama y la persona que se abandona, superando los miedos que comporta la decisión vocacional. Es lo que llamamos “la certeza vocacional”, que solo está en Dios: *Sé en quién he puesto mi esperanza* (2Tim 1,12).

La experiencia espiritual en la vocación no anula a la persona ni la torna pasiva. Es siempre don y tarea. Don de Dios que invita y se entrega, y tarea de la persona llamada, que tiene la responsabilidad de acoger la vocación y cultivarla sin descanso. Los instrumentos espirituales son diversos, principalmente la oración, la práctica sacramental y el encuentro con la Palabra.

Un alto grado de configuración espiritual pasa de la meditación a la contemplación, donde el sujeto vocacional o el consagrado tienen mayores posibilidades para discernir su opción. Pero cuando la vida espiritual resulta pobre y superficial, siempre será más difícil conocer la voluntad de Dios, aumentándose la incertidumbre vocacional.

La vida espiritual constante provoca que la persona llamada vaya descubriendo que la vocación no es tanto una renuncia cuanto una alusión, un encuentro personal con Jesús. Se piensa con frecuencia que para seguir a Dios hay que abandonar muchas cosas. Aun más que eso, se trata de encontrar a alguien, de tener experiencia de amistad y atracción por la acción salvadora de Jesús.

### 2.2.4. *La opción vocacional*

Cada elección de vida tiene su dinámica propia. Tomar una decisión implica no solamente abandonar otras alternativas y albergar nostalgia del pasado. Según Hans Thomas<sup>15</sup>, es un proceso que provoca una decisión interior y exterior de importancia vital. El sujeto intuye la relación entre su elección actual y el propio futuro y todas las exigencias de su personalidad. La complejidad se aumenta cuando aparece la *incertidumbre* y surge una desorientación existencial sobre la manera de realizar sus ideales.

El proceso de decisión, partiendo de esta desorientación interior, consiste en el tentativo de alcanzar un equilibrio en la situación concreta. En dicho tanteo, el individuo aclara progresivamente la realidad y el propio ideal; es decir, la aspiración y el proyecto personal que espera alcanzar. Sovernigo explica que cada decisión comporta, al menos, tres momentos<sup>16</sup>:

<sup>15</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche...* 135.

<sup>16</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche...* 136.

- a. Un antes, indispensable en la madurez y preparación.
- b. Un durante, en el que el sujeto, mediante la verdad, se coloca frente al objetivo perseguido y toma libremente una decisión.
- c. Un después, que exige el cuidado de la decisión tomada. Dicha decisión se alimenta, a su vez, de múltiples elecciones cotidianas.

### III. EL DISCERNIMIENTO DE LAS MOTIVACIONES VOCACIONALES

Todo discernimiento vocacional debe conducir a una elección válida, libre, responsable, generosa, acorde al diseño del Padre sobre la persona llamada. Esto solo se alcanza con un proceso de maduración de las motivaciones que, de no hacerse, hará que el acompañamiento resulte incompleto e incluso inútil.

Las motivaciones pueden entenderse como aquellos dinamismos psicológicos de los cuales depende que el sujeto responda de un modo u otro a los estímulos ambientales e internos de la persona<sup>17</sup>. La motivación es más que un simple deseo o las ganas de tomar una decisión. Afecta y empeña a la persona completa, con sus fuerzas, corazón, inteligencia, voluntad iluminada por la fe y sostenida en un amor oblativo. En palabras de Manenti, la motivación es la capacidad efectiva de consagrarse totalmente a la misión percibida y querida así, como es, en sí misma, según sus objetivos y exigencias específicas<sup>18</sup>.

Por otra parte, las motivaciones no son fijas o estáticas, sino que están en continua dinámica. Pueden crecer o decrecer, madurar o estancarse. De ahí la distinción de cierta tipología de motivaciones:

- a. En primer lugar, las motivaciones conscientes están constituidas por los valores proclamados por la persona y las necesidades consonantes que van en la misma dirección, con una estabilidad y fuerza que hacen crecer la motivación. En este caso, las necesidades conscientes convergen con aquellas inconscientes y la vocación resulta fundamentada y vital.
- b. Por otra parte, las motivaciones inconscientes pueden ser un desacuerdo a causa de las necesidades disonantes, que en parte o totalmente van más allá del conocimiento que tiene el sujeto vocacional. Este aspecto debilita la fuerza de la motivación hasta el punto de cambiar la dirección propuesta al inicio. Del bien real se termina en el aparente. La pregunta clave es: ¿qué realidad efectivamente mueve la persona a perseguir su objetivo vocacional?

<sup>17</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche...* 147.

<sup>18</sup> Cf. A. Manenti, *Vocazione, psicologia e grazia, prospettive di integrazione*, EDB, Bolonia 1979, 32-37.

- c. El consciente se relaciona con el conocer y el decidir. Se sirve de conceptos, ideas, juicios, etc. Pero puede suceder que los valores y motivos percibidos por el sujeto no sean aquellos que realmente mueven a la acción. Nos referimos, entonces, a motivaciones sustituidas por otra realidad. Se trata, por consiguiente, de motivos no auténticos enmascarados por otros verdaderos que el individuo, por un proceso de remoción inconsciente, no reconoce.

### 3.1. Las motivaciones vocacionales y los conflictos psíquicos

Con lo anterior, es evidente que, cuando falta un serio discernimiento de las motivaciones vocacionales, se puede generar interiormente una lucha entre el *querer ser* y los conflictos internos no solucionados que paulatinamente adquieren peso.

Esta realidad afecta no solo a los jóvenes en procesos de aspirantado o a los formandos de las primeras etapas, sino particularmente a los consagrados de votos simples o solemnes que llegaron a un momento en el que su vida religiosa comienza a asentarse y resulta más fácil verse a uno mismo sin la presión de la formación, libre de condicionamientos y donde ya no es posible evadirse. Surgen entonces diversos conflictos:

- a. Conflicto entre ser auténtico, viviendo los consejos evangélicos, y la necesidad de dependencia afectiva, de reconocimiento condicionante.
- b. Conflicto entre la necesidad de ser la persona misma con libertad responsable, la llamada a vivir el celibato por el Reino, y la búsqueda de apoyo en figuras femeninas o maternas.
- c. Conflicto entre vivir la propia vocación con identidad y la identificación con los débiles e indefensos.
- d. Conflicto entre la expresión libre y comunicativa, la capacidad de vivir la caridad, el celibato por el Reino, y la negación o neutralización de la propia sexualidad.
- e. Conflicto entre la búsqueda de relaciones abiertas y constructivas, de comunicación verdadera y servicio, y los impulsos agresivos insuficientemente integrados.
- f. Conflicto entre la necesidad normal de autoestima positiva, la conciencia de los valores y límites personales, y la percepción negativa de uno mismo.
- g. Conflicto entre la identidad personal, el servicio ministerial y educativo, y las formas de pseudo-homosexualidad manifiesta o latente.

Mientras prevalezcan motivaciones inconscientes, unidas a necesidades disonantes, se crean las condiciones de instrumentalización de la vocación, más allá

de las intenciones del sujeto. Entonces el deseo vocacional y los valores proclamados se presentan como un tentativo de solución ilusoria a problemas diversos o conflictos latentes, o como cubierta de realidades difícilmente aceptadas.

### 3.2. Motivaciones auténticas y válidas

Las motivaciones válidas que están a la base de una vocación consagrada son los motivos psicológicamente auténticos y de contenido sobrenatural. A una madurez de la persona que escoge de acuerdo a su edad, debe corresponder una madurez de los significados vividos en la opción propia<sup>19</sup>. Las motivaciones válidas se inspiran en un amor total y exclusivo que viene de Dios y a él regresa. Manifiestan la respuesta libre a una llamada personal de Dios y la elección del Reino de los cielos como una tarea exclusiva.

*Las motivaciones auténticas* son percibidas, reconocidas y aceptadas por aquello que son. El aspirante, formando o consagrado, actúa en consecuencia, demostrando su madurez personal. Primero, con la capacidad de superar positivamente los conflictos de la vida, verificando la presencia de una paz interior a pesar de las crisis y dificultades. En segundo lugar, la capacidad de degustar las alegrías espirituales, que no provienen tanto de experiencias aisladas cuanto de la armonía e integración de las funciones psíquicas con los ideales que la persona se propone. Como tercera medida, la capacidad de superar las frustraciones de la elección ante una vida consagrada que implica renunciaciones que se deben asumir con alegría y fortaleza.

### 3.3. Motivaciones inauténticas y no válidas

Los motivos inauténticos son aquellos que sustituyen otros motivos que el sujeto vocacional, por un proceso de remoción inconsciente, no reconoce como propios. Con frecuencia son intereses, inclinaciones y decisiones que pueden surgir y manifestarse como medios para resolver el conflicto emotivo como fuga o búsqueda de algo. Generalmente se transforman en mecanismos de defensa.

La persona no se da cuenta de que su inclinación y decisión no derivan del valor objetivo, sino de la necesidad de resolver un conflicto intrapsíquico o superar una situación de frustración. Ahí aparecen las motivaciones insuficientes, caracterizadas por una dirección egocéntrica. Se refieren a ventajas personales no solo de carácter material, sino de un orden más elevado, como el deseo de cultivar las propias actitudes, el crecimiento intelectual, la búsqueda de refugio o la fuga frente a las dificultades de la vida. Estos motivos pueden ser incluso buenos en sí mismos, pero no son la base para una vida consagrada. Equivaldría más bien a hacer del estado religioso o clerical el medio para la propia elevación personal.

---

<sup>19</sup> Cf. R. Martignon, *Vita consecrata ed equilibrio psichico*, Queriniana, Brescia 1970.

En consecuencia, los jóvenes o consagrados mayores empiezan a defender una ‘vocación’ engañándose sobre los verdaderos motivos, hasta que descubren la ambigüedad de su elección. Otras veces se manifiesta como mimetismo, tendencia a racionalizar, respetos humanos, que camuflan la verdadera opción vocacional.

Entre la variedad de motivaciones insuficientes, resultan recurrentes: asumir la vida de comunidad o la obediencia como un refugio seguro contra los miedos de la realidad de la vida (económica, social, afectiva, etc.); poner remedio a una tormentosa inquietud, escogiendo la vida más perfecta posible; buscar una valoración personal como compensación inconsciente de una inferioridad real o supuesta. Estos motivos, y otros, apelan a los valores espirituales y religiosos con un único propósito: *compensar deficiencias personales*<sup>20</sup>.

De fondo se esconde un acentuado egocentrismo, donde el sujeto vocacional busca tranquilidad, seguridad y paz. Su modo de actuar es con frecuencia exigente con el ambiente que vive, se lamenta porque la vida religiosa no le da lo suficiente, permanece a disgusto cuando se le pide sacrificarse o exponerse al riesgo. Sus exigencias se refieren continuamente a los demás.

Las principales fuentes de estas motivaciones son dos<sup>21</sup>: la *carencia afectiva* con la fijación de una actitud infantil, generalmente bajo una gran necesidad de refugio o defensa; y un *proceso de compensación*, donde el sujeto espera encontrar en la vida consagrada una satisfacción pasajera con la evasión de conflictos interiores no resueltos.

### 3.4. Criterios para discernir las motivaciones

Si un joven aspirante, formando o consagrado, quiere tomar una decisión vocacional válida y auténtica, las motivaciones deben madurar y manifestar una personalidad sana y autónoma, de acuerdo a la edad, capaz de mantener la libertad interior y exterior. Cuando los motivos son válidos y auténticos, no son prefabricados. Hay una parte inicial que es don de Dios por medio de la herencia familiar, la educativa y la gracia. Pero abarca también una parte de conquista, que implica una responsabilidad personal en un camino de crecimiento.

Los aspectos que confluyen en el discernimiento de las motivaciones son múltiples y variados. Ante todo, se debe tener presente que el discernimiento es obra del Espíritu Santo en el corazón de la persona y de la comunidad. Quizá por ello la tarea más apremiante sea la de purificar las motivaciones<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche...* 163.

<sup>21</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche...* 163.

<sup>22</sup> Cf. G. Sovernigo, *Le dinamiche...* 157.



Esto implica, en primer lugar, reconocer la relación entre los motivos adoptados para una decisión y el fin de los mismos. Esta relación puede carecer de fundamento cuando las motivaciones resultan insuficientes o cuando se trata de motivaciones inadecuadas.

Sin embargo, las motivaciones válidas también pueden tener expresiones menos felices, o componentes menos puros, amalgamados con rasgos egoístas. Por ejemplo, el joven que posee un valor musical que desea poner al servicio de la comunidad, pero también espera un reconocimiento y una fama futuros por su talento.

Por lo mismo, se debe tener presente que las conductas humanas nunca son totalmente puras, y el acierto de una motivación exige siempre una empresa delicada. En un proceso vocacional y formativo, el acompañamiento continuo y responsable debe ayudar a purificar las intenciones y a corregir lo que no hace falta para sostener la opción vocacional.

La verificación y purificación de las motivaciones vocacionales ayudan a aclarar los porqués fundamentales en los varios sectores de la vida: el porqué de las decisiones morales, el porqué de la práctica religiosa, el porqué de la orientación vocacional. Puede darse por necesidad de autoafirmación, de superación personal, de prestigio, de dinero, etc. Puede deberse a un servicio que nace del amor gratuito por el descubrimiento y la elección de algunos valores, por fidelidad a la propia identidad y misión.

A continuación, señalamos siete indicaciones operativas para discernir mejor las motivaciones:

- a. Descubrir la verdad de sí mismo en referencia al vivir cotidiano, es decir, una verificación de las motivaciones reales. Se trata de *aclarar y encontrar la verdad personal a la luz de la Verdad de Dios*.
- b. Tomar muy en cuenta las motivaciones válidas y auténticas para que se radiquen en la persona. Advertir experiencias de valores vocacionales y su traducción en la vida cotidiana.
- c. Identificar, madurar y purificar las siguientes motivaciones:
  - a. Motivaciones afectivas. Identificar el objeto de amor. Esto representa el paso gradual de una afectividad prevalentemente egocéntrica a aquella fundada sobre la reciprocidad y la gratuidad.
  - b. Motivaciones por complacencia. En estas motivaciones el comportamiento de la persona produce un efecto social, que permanece ajeno a la persona misma y dura hasta que lo necesite. Por ejemplo, el joven que escoge entrar al seminario para satisfacer el deseo de su madre o abuela; o el consagrado que se conforma complaciendo al superior en todo lo que le pide.

- c. Motivaciones por identificación. La persona adopta un comportamiento que le sirve para mantener una relación gratificante con otro, para conservar una imagen positiva de sí mismo. Por ejemplo, el joven que quiere ser sacerdote porque su tío o algún familiar lo era.
- d. Motivaciones por internalización. Manifiestan una sana integración de lo que la persona es (yo actual) y aquello que quiere ser (yo ideal). Aprender a motivarse internalizando implica la facultad de tomar un valor en su verdad intrínseca y objetiva; es una experiencia de fuerte atracción que se descubre buena y conveniente para la persona. La capacidad de internalizar está unida a un estado psíquico de consistencia; se trata de un proceso de aprendizaje que tiene menos necesidad de refuerzos externos y se focaliza cada vez más sobre convicciones internas<sup>23</sup>.
- d. Verificar la capacidad de superar positivamente los conflictos de la vida en relación con los valores.
- e. Confrontar las propias acciones y las necesidades motivantes con los valores objetivos y los objetivos perseguidos.
- f. Profundizar los niveles de intervención en el discernimiento. Principalmente el nivel educativo de cada día, y también el nivel psicodiagnóstico donde algunas situaciones problemáticas requieren intervención particular especializada.
- g. Verificar la relación entre las intenciones con los resultados obtenidos.

El apropiado discernimiento vocacional se descubre en una persona que tiene la capacidad de vivir en paz consigo misma, con los demás y con la vida cotidiana. De fondo nos referimos a las diversas fases de un único proceso de integración afectivo-cognitiva<sup>24</sup>.

Pero la persona no puede ser vista desde una perspectiva estática, sino dinámica, tomando en modo real e integrando las capacidades y limitaciones de un proceso de crecimiento que no termina nunca. De ahí que todos llegamos a una comunidad con lo que somos, con las propias fuerzas y heridas, conscientes o inconscientes, que se asumen totalmente para avanzar en una opción determinada.

---

<sup>23</sup> Cf. A. Cencini y A. Manenti, *Psicologia e formazione. Strutture e dinamismi*, EDB, Bolonia 1985, 293.

<sup>24</sup> Cf. R. Lamba, "Ostacoli gravi al processo di crescita vocazionale: I disturbi di personalità": AA. VV., *Maestro dove abiti?*, Ancora, Milano 1997, 88-99.

#### IV. *MILES CHRISTI*: LAS ARMAS DEL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

En el itinerario recorrido, hemos pasado por la raíz y el sentido del discernimiento, el fenómeno problemático de la vocación y la urgencia de descubrir, purificar y discernir las motivaciones vocacionales.

Colofón de esta reflexión será centrar la llamada vocacional en la Palabra de Dios, pero con un matiz particular, que propone el discernimiento vocacional como una *experiencia de lucha espiritual*, donde la persona llamada se descubre en estado de guerra interior, es decir, en confrontación, crisis, rompimiento o tensión. Su experiencia es similar a la del soldado: se enfrenta a una batalla cuya preparación implica privaciones y esfuerzos que están encaminados a la guerra; por lo mismo, necesita armas y provisiones.

##### 4.1. Soldados de Cristo

San Pablo no es ajeno a la vivencia cotidiana de la lucha en el trasiego de la vida. En su caminar apostólico se encontró muchas veces con ejércitos, particularmente cuando padeció el encarcelamiento y era custodiado por soldados romanos que lo ataron con cadenas. Así lo constatan tradiciones bíblicas contenidas en los textos lucanos y paulinos (cf. Hch 21, 31-32).

Las costumbres de los soldados y su forma particular de comportamiento inspirarán al apóstol en la elaboración de algunas de sus imágenes sobre la vida cristiana, misionera y, por qué no decirlo, vocacional. Los valores propios del mundo militar (valentía, lealtad, decoro, rectitud, honor, verdad) quedarán grabados en el corazón del apóstol hasta el punto de llamar al cristiano un *soldado de Cristo*.

En los textos del Nuevo Testamento denominados pastorales se encuentra el término soldado (*stratiotes*) con relación al cristiano. El caso particular de Timoteo revela la actitud del cristiano que debe obrar como valiente soldado afrontar las dificultades con resistencia y decoro: “*Soporta las fatigas conmigo, como buen soldado de Cristo Jesús*” (2Tim 2,3). La calidad del soldado de Cristo se manifiesta en su bondad (*kalos*), voz griega que se refiere también a la rectitud, honorabilidad y honestidad<sup>25</sup>.

En su opción vocacional, un aspirante, formando o consagrado puede llamarse ciertamente soldado de Cristo. Su modo de proceder implica la lucha contra todo aquello que quiera separarlo de su objetivo. Necesita unas cualidades militares que lo pongan en la condición del combatiente: valor, rectitud, perseverancia, disciplina, preparación. No puede ceder ante el miedo, pesimismo, pereza o improvisación. No se fatiga ni se retira del combate con la primera herida.

---

<sup>25</sup> Cf. H. Barrios Tao, *La metáfora militar en Pablo, el combate cristiano en Ef 6,10-20*, Editorial Bonaventuriana, Bogotá 2008, 36.

Es soldado de Cristo porque trabaja para él, confía en él, cumple su estrategia, lo consulta y lo busca para que lo cure en caso de pérdida. Sabe que nunca estará solo en el combate y su fuerza viene de Dios. Su vocación es el tesoro que debe custodiar contra todo enemigo y lucha por ella, aunque tenga que enfrentarse a grandes contrincantes.

#### **4.2. Siete armas espirituales para el discernimiento vocacional: Efesios 6, 14-17**

El mundo militar se caracteriza también por las armas para el combate. Armamento y persona son entidades inseparables en la vivencia diaria del soldado. De hecho, la victoria se garantiza de acuerdo con las armas que se utilicen.

Barrios Tao explica que, en algunos textos paulinos, se determinan estas armas de forma concreta. Su descripción se corresponde con la identidad del combate y son armas pertenecientes a la esfera de la luz, por oposición a las tinieblas, con las cuales se combate: *La noche está muy avanzada y el día está cerca. Por tanto, desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz* (Rm 13,12).

El combate del cristiano, ser de la luz, es contra la oscuridad y contra las fuerzas que atacan su ministerio e identidad. De la misma manera, el sujeto vocacional es atacado y por ello la armadura de la luz es lo que garantiza su triunfo. “Dios no solo respalda con su poder, sino que entrega el armamento adecuado para librar el buen combate”<sup>26</sup>.

En el estudio paulino sobre las armas se deben evitar dos extremos. Por una parte, la concepción superficial y simple de verlas como una lista, poniendo de relieve solo la semejanza con las armas del legionario romano, en las que el autor se habría inspirado. El otro extremo es determinar solo su valor cristiano, separándolo de aquel original de la Biblia hebrea, lo cual no ha impedido que se caiga en arbitrariedades en su interpretación<sup>27</sup>.

Cada parte de la armadura (yelmo, espada, coraza, sandalias, cinturón) conforman el arsenal cristiano para el combate espiritual. Siguiendo la interpretación de Orígenes, nuestras armas son las virtudes que Cristo nos proporciona, que conducen a él y crecen en su seguimiento<sup>28</sup>. El camino espiritual, así como el discernimiento vocacional, debe enfocarse e iluminarse totalmente desde Cristo. En consecuencia, las armas divinas no serían otra cosa que las virtudes

<sup>26</sup> H. Barrios Tao, *La metáfora militar...* 57.

<sup>27</sup> Cf. H. Barrios Tao, *La metáfora militar...* 126.

<sup>28</sup> Cf. Orígenes, *in Eph (6-11), Pt III, c. XXXIII*: JThSt III (1902) 570.

evangélicas de Cristo, los atributos del Señor que nos llevan a configurarnos con él y a discernir la llamada personal de Dios en nosotros.

Cuando Dios llama a alguien para seguirlo, también lo capacita y lo reviste con una armadura espiritual que le permita enfrentar el combate y todas aquellas resistencias y miedos que obstaculizan una entrega más libre y generosa. Solo así podrá convertirse en un soldado de Cristo, en la medida que tome las armas y sepa discernir el plan de Dios en su vida, respondiendo con prontitud y radicalidad.

#### **4.2.1. Cíñete con el cinturón de la verdad**

En la Sagrada Escritura el cinturón es símbolo de *fortaleza*. Así aparece en Prov 31,17, cuando describe a la mujer valiosa: *Se ciñe con fuerza sus lomos y vigoriza sus brazos*. En Is 5,27 el cinturón flojo es señal de cansancio y debilidad; en cambio, el ajustado tiene el sentido de la solidez. Por su parte, san Juan sostiene vehementemente que *Jesús es la Verdad*, la realidad total del don del Padre y de su designio salvador (cf. Jn 14,6; 17,17). La verdad significa el ingreso, con el conocimiento y con el ser, en la esfera divina, la pertenencia al Señor (cf. Jn 18,37).

El significado de este texto paulino es el de *Verdad divina*. Ella se comunica al hombre en el evangelio de la salvación. Para san Pablo nos referimos a una Verdad de Dios, que designa su fidelidad a las promesas (cf. Rm 3,1ss; 15,8; 2Co 1,18), las cuales tienen su cumplimiento, su sí, en Cristo.

Teniendo en cuenta lo anterior, ceñirse la cintura con la Verdad es la invitación a tomar con seriedad y fuerza el proyecto salvífico de Dios. Por ende, el discernimiento vocacional pasa por la necesidad de decirse la verdad a sí mismo y a los demás.

Una persona que se siente llamada no puede mentir sobre las intenciones más hondas que hay en su corazón. Todo lo contrario, es preciso que se descubra iluminada con la Verdad de Cristo, para que su llamada sea auténtica y camine a la luz de la fe, consciente de la fidelidad que exige la elección vocacional.

#### **4.2.2. Revístete con la coraza de la justicia**

En el Antiguo Testamento, en los pasajes de Is 59,17 y Sab 5,18, la coraza recubre el pecho del soldado y defiende esencialmente su corazón, que para el semita es la sede de toda la vida intelectual y afectiva, de modo que su vivir ha de estar moderado y protegido por la justicia<sup>29</sup>.

La justicia es una manifestación de la fidelidad amorosa de Dios a su alianza. Para el Antiguo Testamento, en la categoría justicia subyace la relación con Dios, y la coherencia entre el hombre y su vínculo con él determina su condición de ser

<sup>29</sup> Cf. H. Barrios Tao, *La metáfora militar...* 135.

justo<sup>30</sup>. Por este hecho, en el discernimiento vocacional cuenta mucho el concepto de relacionalidad. En la medida en que el hombre se reconoce llamado por Dios y se relaciona con él amorosamente, en esa medida comienza a revestirse de la justicia. El soldado de Cristo que se pone la coraza promueve activamente la causa de Dios, le guarda fidelidad y sabe que él siempre será su máxima defensa en cualquier adversidad.

#### ***4.2.3. Cálzate los pies con el evangelio de la paz***

El v. 15 presenta la invitación a calzarse los pies. En la vida militar, las grandes marchas son el medio más seguro para estar en actitud defensiva y ofensiva contra el enemigo. Esas ingentes caminatas exigían que el soldado tomase muchas precauciones, hoy con las botas y ayer con las sandalias, que debían ser lo más cómodas y ajustadas al pie. Así, el calzado es el símbolo natural de estar siempre listo, disponible para la defensa y el ataque<sup>31</sup>.

A esto se suma que el calzado es el mismo Evangelio de la paz. San Pablo nos dice que Cristo es la paz y ha venido a anunciarla al mundo y a realizarla por medio de su sacrificio en la cruz (cf. Ef 2,14). En esta perspectiva, la vocación del cristiano consiste en anunciar y realizar la paz en el mundo, como los apóstoles, siendo fieles al seguimiento del Maestro. Como indica Lincoln, se da con el anuncio del Evangelio de la paz, en la predicación de Cristo, nuestra paz<sup>32</sup>.

En el camino vocacional no se puede discernir completamente sin una actitud de salida, de permanente preparación, en apertura a los grandes cambios y a perseguir la meta de Dios, corriendo el buen combate de la fe. De la misma manera, como dice Zerwick, calzarse los pies “es mantener un espíritu ofensivo con voluntad de conquista”<sup>33</sup>.

Cristo mismo, Evangelio de la paz, le otorga a la persona llamada la seguridad y la decisión necesarias para encaminarse sin temor al combate, para estar firmes ante el enemigo, calzados los pies con él, que trae la salvación.

#### ***4.2.4. Porta siempre el escudo de la fe***

El escudo solo aparece en este texto del Nuevo Testamento. El término griego se refiere al escudo grande que cubría casi todo el cuerpo del combatiente, probablemente alargado. Pero también hay otro escudo conocido por la literatura bíblica que era pequeño y redondo. De hecho, el Antiguo Testamento constata la presencia riquísima de esta figura referida a Yahvé, viéndolo como protector y

<sup>30</sup> Cf. G. von Rad, *Teologia dell'Antico Testamento*, I, Queriniana, Brescia 1972, 418.

<sup>31</sup> Cf. H. Barrios Tao, *La metáfora militar...* 138.

<sup>32</sup> Cf. A. T. Lincoln, *Ephesians*, WBC 42, Word, Dallas 1990, 431.

<sup>33</sup> Cf. M. Zerwick, *Lettera agli Efesiani*, Città Nuova, Roma 1968, 168.

defensor (cf. Gn 15,1; Sal 28,7; Dt 33,29; 2Sam 22,3.31.36; Prov 30,50, etc.). Lo que sí parece auténticamente paulino es la bina “escudo y fe”<sup>34</sup>.

La fe es escudo del cristiano, no como un simple acto de creer, sino de abandono y confianza total en la voluntad de Dios. El seguidor de Cristo no debe desprenderse nunca del escudo de la fe, que le permite acoger el proyecto divino abriéndose plenamente a la buena nueva de la salvación. Un aspirante, formando o consagrado toma el escudo como señal de respuesta a la seguridad que siente de Dios. La certeza de tenerlo como protector es un medio de discernimiento vocacional para entender su voluntad y no dejarse guiar por criterios meramente humanos.

#### **4.2.5. Recibe el yelmo de la salvación**

En el Antiguo Testamento es Yahvé quien toma el yelmo o casco, que hace parte de su armadura (cf. Is 59,17), y tiene una connotación mesiánica. San Pablo también recurre a esta imagen en el pasaje de 1Tes 5,8, con la particularidad de incluir la “esperanza”. De manera que el yelmo significa no solo la salvación, sino la esperanza de la salvación, la salvación como bien que se espera<sup>35</sup>. Consiguientemente la salvación es la esperanza fundamental del cristiano.

En su *Carta a los romanos*, san Pablo ejemplifica con Abraham (cf. Rm 4,17-25) que aquella fue “una esperanza fundada no sobre el hombre, sino sobre la Palabra divina”<sup>36</sup>. Por este hecho se entiende que, en el sujeto vocacional, la esperanza cristiana de la salvación es espera con toda esperanza humana. En la llamada de Dios no podemos confiar solo en fuerzas transitorias, pues sin la ayuda divina todo esfuerzo humano es inútil. Es Dios quien llama; él mismo da la gracia para seguirlo.

No es posible discernir la voluntad de Dios apoyado solo en el éxito personal, con una falsa seguridad pasajera. Es importante tomar, acoger y ponerse el casco de la esperanza en la salvación, apoyados en Dios y su Palabra. Y cuando el combate parezca perdido, el memorial de las obras de Dios reencenderá la llama de la esperanza.

#### **4.2.6. Empuña la espada del espíritu que es la Palabra de Dios**

El v. 17 correspondiente a nuestro texto se refiere a la espada de doble filo, suministrada por el Espíritu y hecha realidad en la Palabra de Dios. En la Sagrada Escritura no es desconocido el binomio espada-palabra, que aparece en diversos pasajes (cf. Is 49,2; Os 6,5; Sb 18,15; Hb 4,12; Ap 1,6; Dt 32,41; Is 66,16; Ez 21).

<sup>34</sup> Cf. H. Barrios Tao, *La metáfora militar...* 142-143.

<sup>35</sup> Cf. P. F. Beatrice, “Il combattimento spirituale secondo san Paolo. Interpretazioni di Ef 6,10-17”: *Studio Pataviano* 19 (1972) 369.

<sup>36</sup> G. Barbaglio, “La Speranza cristiana secondo san Paolo”: *Vita e Pensiero* 55 (1972) 37.

Para el judío, la palabra es mucho más que la simple expresión oral de un pensamiento; es palabra profética, palabra de la Ley, palabra creadora<sup>37</sup>.

En san Pablo el contenido del Evangelio es cualificado como Palabra del Señor (cf. 1Tes 1,8; 2,13); y la predicación apostólica es Palabra de Dios en cuanto se habla de Cristo, puesto que Jesús es llamado la Palabra, el Verbo. En el propio Hijo, Dios ha pronunciado su Palabra última y definitiva (cf. Hb 1,1; Jn 1,1).

El discernimiento vocacional es vacío si no está la Palabra, pues el discernimiento del misterio de Dios está en Jesucristo, su Hijo. Comprendiendo el proyecto de salvación de Dios y el misterio de Cristo, se asume y entiende el proyecto vocacional de cada persona. En Jesucristo (su vida, sus palabras y hechos) se discierne el camino vocacional que debemos seguir. Hacer la propia voluntad es contrario al proyecto del Hijo que fue fiel al Padre y, por lo tanto, solo en la Palabra se descubre el plan de Dios para la humanidad.

#### **4.2.7. Ora con perseverancia**

Entre los vv. 14-17 encontramos seis armas espirituales relevantes para el discernimiento vocacional. Todo aquel que se siente llamado por Dios debe endosarlas y acoger cada parte de la armadura para armarse de Cristo mismo. Pero también podríamos considerar un séptimo elemento para la armadura, quizá el menos manifiesto, pero imprescindible en todo proceso vocacional. Lo encontramos a modo conclusivo en el v. 18: *Vivan orando y suplicando, oren en toda ocasión animados por el Espíritu; permanezcan despiertos y oren con perseverancia por todos los consagrados.*

Esto significa que la única forma de darle consistencia a las armas espirituales anteriormente referidas es la misma *oración*, que no puede ser un añadido al combate espiritual, sino que hace parte de la vida misma. Por eso el apóstol nos apremia a tomar las armas para enfrentar el combate: *cíñanse, vistán, calcen, empuñen...*; pero el consejo final es que se ore y se suplique con perseverancia.

Y efectivamente, sin oración no hay vocación. No se puede discernir cuando no se ora y así difícilmente puede comprenderse el querer de Dios. Solo la oración confiada y humilde encuentra respuestas y caminos de certeza.

### **4.3. ¿Empezaste a seguir a Dios? Allí mismo encontrarás guerra**

En el *Tratado al Evangelio de san Juan*, san Agustín presenta especialmente a Jesús como la luz del mundo (cf. Jn 8,12) y desarrolla el consecuente hecho de no caminar en tinieblas cuando se le sigue solo a él. Se debe buscar y anhelar continuamente la luz de Cristo para no permanecer en tinieblas. Sin embargo, el

<sup>37</sup> Cf. H. Barrios Tao, *La metáfora militar...* 153.



santo de Hipona es consciente de la realidad humana mientras estamos sujetos a las realidades temporales y vamos en camino hacia la patria celestial.

Ciertamente, en el mundo no habrá completa paz ni tranquilidad, pues el hombre experimenta continuamente la rebeldía, que lo lleva a alejarse del camino de Dios. San Agustín sostiene que, mientras estemos en esta vida, existirá siempre la lucha:

Nuestra vocación es ciertamente a la concordia; se nos manda que haya paz entre nosotros, y a ese intento se deben dirigir todos nuestros esfuerzos, a que lleguemos alguna vez a la paz más perfecta<sup>38</sup>.

En términos agustinianos, podría hablarse de dos modos de lucha. Por una parte, hay una necesidad grande de luchar por aquellos a quienes deseamos el bien, pero andan por caminos alejados de Dios. Mientras permanezcan en esa actitud, corregimos y ardemos en deseos de devolverlos a las sendas de Dios. La persona lucha y se fatiga hasta perder la paz, pero no encuentra suficiente sosiego. Es entonces cuando vuelve sobre sí misma y experimenta un segundo modo de lucha que se transforma en guerra: “¿Empezaste a seguir a Dios? Pues allí mismo encontrarás guerra”, prosigue el santo en el mismo lugar.

San Agustín se pregunta qué clase de guerra será esta y, volviendo sobre sí mismo, reconoce con san Pablo que la carne se rebela contra el espíritu y el espíritu contra la carne, *como que son entre sí antagónicos* (Gál 5,17). La lucha se convierte en guerra cuando deja de ser externa y se transforma en un combate interior o espiritual. En el hombre aparece otra ley que se resiste a la ley de la mente y el corazón, y lo esclaviza en la ley del pecado.

En esta circunstancia no hay otra salida que clamar a Dios con el corazón y abandonarse completamente en él. Pues, *¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?* (Rom 7,24). Es una batalla que solo se termina y llegará a feliz término bajo el influjo de la gracia de Dios. Y mientras lo alcanzamos debemos caminar con esperanza detrás de aquel que dice: *Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8,12).

Por este hecho entendemos que seguir a Dios y responder a su proyecto vocacional lleva consigo una guerra interior, donde luchan el deseo del mundo y el deseo de responder con fidelidad a Dios. Todo aquel que comienza a seguir al Señor debe saber que emprende un combate que intentará apartarlo de sus buenos propósitos, porque seguir a Cristo no es fácil. Se requiere humildad y entrega plena al amor de Dios. Pues el mismo que llama al hombre para ser feliz, le da las armas para que pueda combatir todo aquello que quiera separarlo de dicha felicidad.

Un aspirante, formando o consagrado debe aprender a discernir la guerra interior que se libra en su opción vocacional. No se trata de una simple crisis espiritual, cuanto, de la pérdida de la paz interior, consecuencia de la ausencia de libertad

<sup>38</sup> Agustín de Hipona, *Io. ev. tr.* 34,10.

verdadera. En la medida en que la persona se deja esclavizar y se resiste a la acción del Espíritu Santo comienza a perder la guerra y su primer deseo se torna amargura, tristeza e incapacidad de enfrentarse.

Solo cuando se conoce, acepta y entrega a la voluntad de Dios, emprende el camino espiritual que le hace ver la luz y retomar el proyecto personal que le ha encomendado. Entonces habrá llegado a buen término su discernimiento vocacional. Y tú, ¿comenzaste a seguir a Dios? Allí mismo encontrarás guerra.

HÉCTOR MANUEL CALDERÓN MUÑOZ OAR

*Casa de formación teológico*

*Bogotá*





ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS  
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA